



Capítulo 1

La desaparición

La nota es breve. Dice que no se preocupen, que no lo busquen. Que volverá pronto.

Al final hay unos números: «16345 15 8103».

Pero no es su letra.

El muchacho siente que un remolino tira de sus pies, arrastrándolo hasta el fondo de una oscura y fría nada. Se marea y las náuseas se vuelven un nudo en el centro del estómago... está a punto de vomitar. Los números se tornan un ciclón feroz bajo sus plantas. No le cuentan ninguna historia.

El tiempo se detiene.

Cuatro sube tropezándose hasta la colina que se

corta de golpe en un acantilado. El viento sopla furioso. Pinos y cipreses se doblan bajo la fuerza del huracán. Detrás, Dos o Cinco llega fatigado y trata de acercarse a Cuatro. Cuatro no lo ve, pero sabe que está allí, en las sombras. Una flecha, que viene de quién sabe dónde, corta el aire y pasa sobre él. No ve nada, pero intuye que es Tres quien, desde alguna parte, ha fallado el tiro. Abajo, al fondo del acantilado, las olas se arremolinan y la marea sube: el viento las alza hasta la cima. Cuatro cierra los ojos. Entiende que no tiene escapatoria. Pronto llegarán los demás. Pronto. Pero lo que más teme es al *Trío*: a Seis, Siete, Ocho y Nueve, esos sí son invencibles. Los otros son menos difíciles... Hace un tiempo, Cinco fue su amigo, pero terminó traicionándolo. Atrás, en el valle, Cuatro adivina una mancha que se transforma despacio en una gacela. Una gacela que piensa en él con intención de destruirlo. Es una gacela monstruosa. Otra flecha pasa cerca, desviada por el vendaval. Tres es un necio.

Cuatro se sabe acorralado. Levanta sus brazos y se lanza al océano.

Antes de caer ve que, entre las aguas agitadas, un

Seis gigantesco abre unas fauces dentudas. Cuatro agita los brazos, aterrorizado. Quiere gritar y no puede. Su miedo se vuelve resignación; la resignación, coraje; el coraje, valor. Un valor pesado como un recuerdo. Los brazos se tornan alas, gruesas escamas brotan de su lomo. Los ojos amarillos son una rendija. Vuela, ruge con fuerza. Seis abre más sus fauces. A lo lejos, los otros aúllan su nombre:

—Félix...

Félix oye.

—Félix...

Félix oye; pero ignora a propósito. Está volando sobre un océano infinito.

—Félix... Félix...

Vuelve a oírlo; pero prefiere intentar reordenar su sueño, traducirlo a la realidad y resolver las multiplicaciones de polinomios. Solo son dos ejercicios; sin embargo, retener mentalmente el resultado del primer dígito para procesarlo con el siguiente le lleva un buen tiempo, sobre todo cuando hay algún seis, siete, ocho o nueve involucrado. El *Trío* de la muerte. Con las letras de las operaciones no tiene

dificultad; pero, casi siempre, los números se le escapan. Son tramposos y escurridizos. A veces lo persiguen con saña y entre neblinas. Es como si tuvieran vida propia y, una fracción de segundo después de escribirlos, se transformaran en manchas, nubes, árboles, gacelas u otros números en la mente de Félix.

Al principio, cuando confundía el siete con el uno, el dos con el cinco o el seis con el nueve, o cuando se auxiliaba con sus dedos para realizar sumas simples — que se complicaron cuando los dedos ya no alcanzaban —, su mamá y los docentes creyeron que era la etapa de ansiedad por las matemáticas que sufren todos, y procuraron volvérselas amigables con distintas técnicas. No funcionó. Continuó asegurando que diez naranjas eran más que una docena de peras. Siguió así hasta que, a los doce, un neuropsicólogo le dio nombre y apellido a su relación con los números.

—Félix... Félix... Félix...

Ha vuelto a confundirse. Se siente tentado a sacar el teléfono y a resolver las tontas multiplicaciones de una vez ¿Por qué no les permitían hacerlo y ya? ¿Qué

ganaba la maestra con que él hiciera los ejercicios con cálculo mental? ¿Acaso el mundo sería un mejor lugar si él supiera resolver polinomios o seguiría igual si, en vez de torturarse, usara la tecnología? ¿Que no era para eso? No entendía por qué los docentes se obstinaban en hacerles aprender datos si el conocimiento universal estaba en su teléfono. Bastaba preguntar al asistente virtual y la IA haría el trabajo.

Una vez, frustrado con áreas y volúmenes, le dijo eso a Vanessa, su maestra del Centro de Desarrollo. Ella sonrió y contestó con cuidado:

—Hay varias razones para no depender totalmente de la tecnología; pero la más importante es que no perdamos nuestra esencia, humanidad y capacidad de enfrentar y resolver problemas para aprender y madurar. Cuando pides una respuesta a la IA o que resuelva un ejercicio, solventaste tu problema; te ahorraste investigar, pero no aprendiste nada. Adquiriste un dato, no conocimiento. Y perdiste la oportunidad de vencer retos y aprender... Además, si el problema vuelve, siempre necesitarás ayuda, no podrás resolverlo solo. Recuerda que la práctica hace al

maestro.

¡Qué anticuada era Vanessa!

—¡Félix!

Los números se disuelven en su mente. Un rugido se apaga en algún rincón del hipotálamo. Percibe algo caliente y terrible que va de su cabeza a la punta de los pies. Se da vuelta, enojado. Siente que sus pupilas son una rendija en un fondo amarillo.

—¿Qué quieres, Daniel?!

Daniel lo mira sin mirarlo. En sus ojos no hay expresión. Acaso una llamita de curiosidad al fondo.

—Bueno... Decirte que eres un buen amigo, Félix... lo he pensado mucho y entendí que, si no te lo decía hoy, quizá mañana ya no iba a acordarme... Es importante para mí que lo sepas.

El enojo de Félix se desarma como un castillo de naipes.

—Tú también eres un buen amigo, Dani. El mejor.

Daniel sonríe. Tiene una sonrisa rara. Félix agrega:

—Es más, te voy a dibujar algo luego, ¿sí?

—¡Un dragón! Siempre te quedan muy bien.

Félix asiente. Jamás le ha dibujado dragones, pero

todos los dibujos que Félix le hace —sean lo que sean— Daniel los interpreta como dragones.

Dani es un buen chico. A veces irritante. Mucho. Es demasiado directo y no filtra lo que dice. Eso molesta a todos, en especial a los adultos.

Cuando Félix empezó refuerzos en el Centro de Desarrollo, Daniel tenía un maestro sombra que lo apoyaba académicamente, hasta que pasara a clases regulares; pero le duró solo un mes. Después, Félix supo —gracias a Laura, la ingeniosa compañera que pasaba las clases de pie y a quien los profesores asignaban distintas actividades cada quince minutos, si no querían que destruyera el aula— que Daniel había tenido ya diez maestros sombra en los tres años de estar en el Centro de Desarrollo.

Se hicieron amigos pronto y llevaban ya dos años de verse en refuerzos tres veces a la semana. Su amistad era diferente a las que Félix tenía en clases regulares. Con Daniel era una aventura diaria: a veces reía y bromeaba sin motivo. A veces estaba furioso, lanzaba cosas y se peleaba con el mundo. O pasaba periodos de silenciosa depresión. Se obsesionaba de pronto con

temas que desquiciaban a cualquiera. Una vez le explicó a Félix que, además de la hiperactividad, el déficit de atención y el mal manejo de emociones, padecía el síndrome del pez rojo. Félix preguntó a la IA: era el nombre pseudocientífico de la pérdida de memoria inmediata.

Félix no sabía por qué quería tanto a Dani. Ambos tenían quince años, pero eso no era una razón de peso. Así que, al repensarlo, llegaba a la misma conclusión: por tres cosas simples. Primero, Daniel era un buen chico luchando contra algo que no había pedido ni merecido; pero estaba ahí y había que vivir con ello. Segundo —y esto avergonzaba a Félix—, porque le daba lástima que los demás huyeran de Daniel, incluso algunos maestros, en lugar de echarle una mano. A veces, lo que las personas necesitan es apoyo, pensaba. Que alguien las entienda. No que juzguen o marginen.

La tercera cosa era por algo muy personal: Dani le recordaba mucho a su papá.

Arel actuaba parecido a su amigo, solo que en modo adulto. Era un hombre serio, ensimismado y poco cariñoso que tenía una heladería frente a la secundaria.

En realidad, quien se encargaba del negocio era Sara, la mamá de Félix, pues a Arel no se le daba mucho el trato con la gente. Él se dedicaba a las cuentas, para las que era veloz y eficaz. Parecía una máquina de calcular. Una máquina de «pesas y medidas», bromeaba Félix con su madre. Y es que papá había organizado la heladería de manera milimétrica y funcional, desde horarios y métodos técnicos de servicio hasta llegar a fabricar él mismo un funderele que abarcaba exactamente dos onzas y dos gramos de helado. La mayoría de estas cucharas atrapan porciones de dos onzas, pero Arel decía que había que dar un poco más para que los clientes volvieran.

Y volvían.

Pero no por los dos gramos que nadie notaba, sino porque Sara era un amor.

Arel poseía también una memoria increíble: citaba el número de placa de todos los autos que viera pasar durante dos semanas, podía hacer largas operaciones sin calculadora, y era capaz de escuchar una sola vez una melodía completa y reproducirla a la perfección en el piano. Cuando alguien le preguntaba por su truco,

respondía que esa era la cosa más fácil del mundo, que la música estaba formada por patrones matemáticos sencillos de identificar. Bastaba escucharlos, verlos y repetirlos.

Félix trataba de explicarse cómo su encantadora mamá se había enamorado de alguien tan simple y extraño como papá. Y maniaco: en casa había que mantener las toallas alineadas, los zapatos ordenados por tamaño y color, la ropa de cama perfectamente doblada, los envases de la alacena por disposición de tamaño y material, los artículos de baño en orden y con las etiquetas hacia el frente, y las plantas del jardín podadas a cierta altura. Si algo variaba, papá enmudecía. No reñía, no gritaba ni pataleaba, simplemente parecía sufrir y guardaba un silencio triste, pesado y doloroso por horas. Horas en que mamá lo consentía como a un niño y regresaba las cosas a su lugar.

Eran tan diferentes. Mamá era bella y alegre, y contaba mil historias divertidas sobre su niñez en las afueras de la ciudad. Tenía una extensa y simpática familia a la que visitaba mucho.

Papá no tenía a nadie más que a ellos.

Había llegado veinticinco años atrás a la ciudad y jamás habló de su familia. Cada vez que le preguntaban, Arel evadía el tema. Félix terminó por suponer que papá era huérfano o que lo abandonaron y por eso renegaba de su historia. Mamá sabía algunas cosas, pero no aseguraba que fueran ciertas. Quizá por eso se habían enamorado: porque él necesitaba a alguien que entendiera su mundo sin cuestionarlo y Sara necesitaba a alguien a quien cuidar sin condición.

El amor es una cosa muy extraña, pensaba Félix.

Una cosa que guarda fronteras muy delgadas con otros sentimientos como la compasión, la dependencia o el apego. Y le daba un terror enorme, no la posibilidad del amor (que de por sí asusta a cualquiera), sino la probabilidad de haber recibido algunos genes complicados y gratuitos de parte de Arel. Por eso, cuando el neuropsicólogo le diagnosticó discalculia, se alegró en secreto de no tener las habilidades matemáticas de su padre y el paquete de ofertas que las acompañaban. Eso los hacía diferentes. Mucho.

Sara amaba a Arel con todos sus bemoles, pero

había una cosa que detestaba de él: Oswald.

Oswald había aparecido de la nada una noche cualquiera, con su sonrisa ancha y escandalosa —que contrastaba bruscamente con sus ojos desconfiados que miraban con recelo hacia todos los rincones—, y afirmó que era un antiguo amigo de Arel.

Arel pareció confundido, como quien intenta extraer una pieza del recuerdo petrificado, pero —después de examinar un largo rato a Oswald, como quien examina un queso echado a perder— terminó por afirmar entre dientes que sí se conocían.

Al principio Oswald aparecía de vez en cuando. Pronto sus visitas fueron mensuales. Luego, cada semana. Por último, llegaba sin aviso en cualquier momento. En esas visitas, que duraron dos años, era bullicioso y extrovertido; cantaba, reía y contaba anécdotas interesantes de sus viajes por el mundo. Pero al preguntarle sobre cómo él y Arel se conocieron, narraba historias diferentes o eludía la pregunta retomando el hilo de una anécdota anterior.

Desde la primera visita, fue obvio que a Sara no le gustó ni un poco el sujeto. Y, aunque hiciera enormes

esfuerzos por ocultarlo, su desagrado saltaba a la vista. Le molestaba ese halo de misterio, hipocresía, doblez —o lo que fuera— que rodeaba a Oswald como una armadura. Odiaba esa extraña habilidad de contestar las preguntas con mil palabras sin decir nada en concreto. Le laceraba el hígado la desfachatez e impertinencia de irrumpir en su hogar a cualquier hora de la noche y hablar con fingida simpatía mientras vaciaba la alacena. Siempre así: llegaba de noche, saludaba, tomaba la casa y el refrigerador como propios, contaba a carcajadas un par de anécdotas y después se encerraba media hora en el pequeño estudio con Arel.

Sara nada más soportaba su presencia porque parecía hacerle bien a Arel. Cuando Oswald se iba, Arel quedaba de muy buen humor por bastante tiempo y, a veces, hasta aparecía ese brillo en sus ojos que solo tenía cuando miraba a su esposa.

Félix llegó a pensar que su mamá le tenía celos a Oswald. Que le molestaba que ese extraño fuera capaz de robarle una parte del corazón de su esposo. Tal vez era así. Félix no sabía ni le importaba mucho: a él le

caía muy bien Oswald. Lo miraba como si fuera una especie de tío. Aunque no podía negar que el «tío» parecía ocultar algo. Y ese esfuerzo por no explicar nada sobre el pasado de papá, le inquietaba. Incluso intentó aprovechar uno de los lapsus de buen humor de Arel, después de una visita, para preguntarle cómo se habían conocido.

Papá sonrió.

Era extraño verlo sonreír. Tenía una sonrisa rara. Contó, soñador, que se habían conocido de niños, allá, en la aldea. No explicó más.

Después de otra visita, Félix volvió a la carga y se quedó atónito cuando papá le dijo que se conocieron sirviendo en la marina, destacados en el Caribe.

Félix hizo la misma pregunta después de cada visita de Oswald. Y la respuesta siempre fue distinta: se conocieron en un tren que iba de Apulia a Roma hacía treinta primaveras; trabajaron juntos en el mismo hospital durante el gran terremoto de México; fueron mochileros en el sudeste asiático en la época universitaria; estudiaron juntos en Buenos Aires; se conocieron de casualidad en el Estadio de Elche

cuando jugaron El Salvador y Hungría, en 1982. Y otras respuestas más. Y cada una parecía sincera. Y cada una, al ser cuestionada por Félix días después, era negada con una sonrisa y un movimiento de cabeza.

Eso era nuevo: papá bromeando... ¿o mintiendo?

Por eso Félix no le contó a mamá; si ella concluía que Oswald era una mala influencia, no dudaría en correrlo a escobazos. Y era evidente que papá estaba muy contento con las visitas.

Una noche, Félix entró al estudio mientras Arel y Oswald conversaban. La habitación estaba iluminada tenuemente y lo que alcanzó a ver fue de lo más extraño: ambos murmuraban como si repitieran un mantra. Y sostenían entre los dos un relicario redondo que colgaba del cuello de Oswald.

Félix trató de retirarse en silencio, pero Oswald se dio vuelta de golpe. Y sonrió. Era una sonrisa retorcida. Félix creyó ver que sus ojos eran amarillos y brillantes.

Esa fue la última visita.

Se fue sin despedirse.

De eso hacía ya tres meses.

Arel regresó a sus manías y cuando le mencionaban

a Oswald parecía recordarlo envuelto entre nieblas. Y las cosas volvieron a su cauce. Sara estaba en paz.

Hacía tres meses.

Vanessa tamborilea los dedos en el pupitre.

—¿Terminaste, Félix?

—Sí. Pero no sé si están bien...

Vanessa toma la hoja en la que Félix resolvió las multiplicaciones algebraicas.

—En regular estás factorizando polinomios, ¿no?

—Sí... y tengo examen este viernes.

—Entonces el refuerzo de hoy te será muy útil. Te espero pasado mañana puntual, ¿OK?

—Profe Vanessa, ¿podría venir toda la semana? Me pone nervioso el examen del viernes...

—Mira, martes y jueves tengo a otros tres jóvenes con TDAH y autismo... pero déjame hablar con la directora para abrirte un espacio. Si no puedo darte el refuerzo, te lo puede dar Katy.

—Gracias, profe. Espero que sea usted... —Félix se levanta y guarda sus cosas—. Hasta mañana, profe.

—Salúdame a Sara. Más tarde paso por un helado.

—Yo invito —sonríe Félix. Luego se acerca a Daniel

con la mano extendida—. Esta semana nos veremos todos los días, Dani.

Daniel lo mira con enojo y —sin aceptar el saludo— continúa resolviendo el rompecabezas lógico asignado.

Félix baja la mano, sonríe y dice:

—Mañana te dibujo un dragón.

Daniel ni siquiera parece oírlo.

Félix sale del Centro de Desarrollo. Afuera está oscureciendo. En la misma calle está su secundaria. Algunos de sus compañeros recién salen de los clubes deportivos. Félix llega a la esquina, cruza y entra en la heladería.

—¡Mamá! ¡Ya vine!

Se acuerda entonces de que mamá iría al mercado. Pero papá tampoco está.

Sobre el mostrador hay un papel.

La nota es breve. Dice que no se preocupen, que no lo busquen. Que volverá pronto. Al pie de la nota hay unos números: «16345 15 8103». Y el nombre de papá.

Pero no es su letra.

Félix siente un remolino bajo sus pies, arrastrándolo al fondo de una oscura y fría nada. Se

marea y las náuseas son un nudo en el centro del estómago... va a vomitar. Los números son un ciclón feroz bajo sus plantas. No le dicen nada. El tiempo se detiene.

Entonces vomita.

Alguien entra. Recortado contra la luz opaca del atardecer está Oswald, pálido y serio.

—Oswald... papá se fue...

—No, Félix. Lo secuestraron. Si quieres que vuelva, tienes que venir inmediatamente conmigo.

Y ahora tú decides...

¿Qué hace Félix?

A) Se niega a acompañar a Oswald y decide esperar a mamá

B) Decide acompañar a Oswald sin pensarlo

C) Llama de inmediato a la policía

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Alberto Pocasangre 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 2

Del otro lado de la aldea

La motocicleta va muy rápido. Quizá demasiado. Félix se sujeta con fuerza de las asas del asiento. Llevan casi dos horas de camino y en ningún momento Oswald le ha explicado nada.

Félix se cansó de gritarle al oído que qué pasaba, que dónde estaba papá y que para dónde iban. Oswald solo le contestó durante todo el trayecto: «¡Paciencia! ¡Ya casi llegamos!».

El muchacho se siente mareado. Y asustado. Mucho. Y no es solo por la velocidad de la moto, la carretera serpenteante bordeada de árboles altos, la infinidad de curvas cerradas que han subido, la manera errática de

conducir de Oswald que los ha expuesto varias veces a chocar con los camiones que encuentran y el evidente desconocimiento que posee sobre las leyes de tránsito —ni siquiera llevan casco—, sino porque un sentimiento de angustia, zozobra y certeza de haber cometido el error más grande y estúpido de su vida al aceptar el viaje se apoderó de su mente.

¿Y si todo es mentira?

¿Y si papá está bien en la heladería o en casa?

¿Y si Oswald es el secuestrador y ahora ya tiene a dos rehenes?

Debió avisar a mamá...

¡Mamá! Ya estará buscándolo desesperada.

Lo raro es que su teléfono no ha sonado y es lo primero que haría mamá. Es lo primero que hace siempre: cuando Félix se retrasa al volver del Centro de Desarrollo o de casa de algún amigo lo llama mil veces hasta que responde; e invariablemente el saludo es: «¡¿Para qué tienes teléfono si no puedes contestarme una llamada o un mensaje?! ¡Pero a tus amigos bien que les contestas a la primera! ¡Estos jóvenes la pasan solo pegados al teléfono; pero nunca responden!».

luego le dice que papá y ella estaban preocupados. Pero Félix sabe que a papá solo le preocupa la tardanza porque no cuadra con la exactitud de las horas y su cumplimiento al pie de la letra de los itinerarios.

Quien se preocupa en verdad por él es mamá.

Pero hoy, a pesar de haber pasado dos horas de ausencia, mamá no ha llamado. Ni siquiera le ha mandado un mensaje.

Y Félix no se animaba a llamarla porque ¿qué va decirle?: «¿Me fui con Oswald porque dice que secuestraron a mi papá?». Recuerda de golpe que dejó abierta la heladería; solo tomó la nota y salió corriendo tras Oswald. «Por lo menos le hubiera dejado algo escrito en una servilleta», piensa. Mamá iba a enojarse mucho de encontrar el negocio abierto y abandonado. De pronto, lo invade otro terror: ¿Y si mamá no ha llamado porque también está desaparecida? ¿Y si Oswald es un maniaco que quiere tener a una familia entera secuestrada?

«¡Qué estúpido fui!», piensa Félix. Y se da cuenta de que la carretera se convirtió en un camino angosto y solitario, que sube y sube sin fin a través de la

oscuridad nocturna. Hace frío. Tiene miedo, un miedo espeso y palpitante. Siente deseos de lanzarse de la moto. Y aunque las matemáticas no se le dan, percibe que a esa velocidad no es muy inteligente lanzarse de una motocicleta en marcha. Y, peor aún, en un lugar solitario. Y, peor aún, sin casco. ¿Qué haría si se rompe un brazo? Oswald solo se detendría y volvería a cargarlo en la moto y la desventaja sería mayor. Y dolorosa. O lo dejaría allí, en la noche del bosque, expuesto a osos o a lo que fuera que rondara entre los árboles. No, lanzarse no es opción. Aunque quisiera, el miedo lo tiene agarrado a las asas del asiento. Por eso ni se ha animado a sacar su teléfono. Las manos están petrificadas de terror y frío.

Pensándolo bien, Oswald no tiene pinta de secuestrador. Es más, parecía muy preocupado cuando fue por él. Parecía sincero... Incluso cuando Félix le extendió la nota, Oswald se negó a leerla o a tocarla... Estaba más que asustado... A menos... a menos que sea un buen actor... Pero eso no lo hace mala persona... Y... ¿y si es un buen actor con malas intenciones?

Entonces, Félix se acuerda.

Se acuerda de la antipatía que mamá tiene por Oswald (y las mamás nunca se equivocan). Se acuerda de las decenas de historias que no coincidían y que, al final, no solo serían anécdotas divertidas, sino mentiras descaradas. Se acuerda de la noche aquella en que sorprendió a Arel con Oswald sosteniendo un relicario y recitando en voz baja.

Recuerda la sonrisa retorcida y los ojos amarillos.

¿Y si Oswald es el secuestrador? ¿Para qué? ¿Para quedarse con la casa y con el refri? ¿Por venganza? ¿Venganza de qué? Quizá papá no les había contado todo.

En realidad, papá no les había contado nada.

Félix recuerda con claridad las palabras de la nota que lleva en su bolsillo y el mareo aumenta. Siente de nuevo que va a vomitar. Le va a vomitar la espalda a Oswald. Las arcadas se vuelven más fuertes, no tendrá tiempo.

«Por lo menos —piensa— le dejaré un bonito recuerdo a mi secuestrador».

Oswald se detiene de golpe.

—Llegamos.

Félix salta de la moto y vomita.

—¡Caramba, amigo! —dice Oswald riendo un poco—. ¡Casi me das un baño!

Félix termina de sacar lo poco que queda en su estómago vacío y se incorpora. Mira hacia todas partes: hacia abajo, el camino recorrido es una mancha entre los árboles altos y oscuros. Arriba brillan las estrellas y una media luna. Adelante, a un par de metros, hay un muro de piedra en el que se logra adivinar, entre la semiclaridad lechosa de las estrellas, una puerta de madera. Oswald se acerca a la puerta y golpea con fuerza.

Una vez. Dos. A la tercera, se enciende una farola de la entrada y un hombre alto sale con cara de pocos amigos.

Félix se acerca con curiosidad. El hombre mira a Oswald con atención.

—¡Señor Oswald! ¡Buenas noches! Perdone la tardanza, no sabía que era usted...

El rostro del hombre pasa en un segundo del desagrado a una especie de temor servil.

—Pierde cuidado, Oliver. Sé que ya es tarde, pero los

acontecimientos lo ameritan —dice Oswald con un tono de superioridad que Félix no le conocía—. Ten las llaves. Agradezco que me prestaras tu motocicleta. Vamos a la plaza. ¿Todo bien?

—¡Sí, sí, señor Oswald! Para mí ha sido todo un honor que usara mi moto... Entren, entren. Le cuento que no ha habido ninguna novedad... Supongo que el joven es...

—Supones bien. Vamos, Félix.

Félix atraviesa el umbral y saluda a Oliver, quien le hace una reverencia exagerada.

Adentro es como suelen ser las aldeas rurales de montaña: unas decenas de casas de piedra y madera con techos de teja roja, calles estrechas y empinadas, aire frío y neblinas boscosas, y la constante sensación de que el tiempo se detuvo hace mucho. Félix sigue a Oswald a pasos largos. Por las callejuelas empedradas encuentran, de vez en vez, a algún habitante que, al reconocer a Oswald, lo saluda de una manera extraña, como quien saluda a un personaje muy importante.

—¿Dónde estamos? —pregunta Félix, frotándose los brazos.

—En un asentamiento de montaña. Se llama Entremundos —responde Oswald sin darse vuelta.

Un halo de niebla sale de su boca. Las palabras aquí suenan pesadas. Densas.

Félix tiene un *déjà vu*. Siente que ya estuvo aquí. Quizá de niño visitaron ese lugar con su familia. Recuerda las casas, la neblina, el frío cortante, las ventanas estrechas en las casas altas. Por instinto, mira hacia arriba. Se da cuenta de que en todas las ventanas hay lucecitas, ojos que los observan con cautela, curiosidad o miedo.

—Aquí es —dice Oswald, deteniéndose en una pequeña plaza que tiene en el centro un enorme árbol de flores rosadas. Las pocas farolas del camino apenas iluminan el lugar—. Siéntate, tenemos poco tiempo —dice, mientras él mismo avanza hacia el centro de la placita y se sienta en el suelo.

—No —responde Félix, sacando su teléfono—. No voy a sentarme hasta que me digas qué pasa y dónde está papá. Si no me lo dices, llamaré a la policía.

Oswald lo mira con la boca abierta. Y luego sonríe. Es la misma sonrisa retorcida de la última vez.

«Ahora sí —piensa Félix—, llegó el momento de la revelación... y de pelear».

—Bueno —dice Oswald—, llama a quién quieras.

Y saca de su camisa el relicario que Félix vio la última vez. Hace girar varias veces la pieza circular externa y mira a través de él hacia el cielo.

Félix levanta el teléfono y comienza a marcar a mamá.

No hay señal.

Marca el número de emergencias de la policía.

Nada.

Oswald continúa haciendo girar la pieza del relicario y mirando al cielo a través de él, sin ponerle mucha atención a Félix.

Félix intenta varias veces, hasta que Oswald dice:

—¿Vas a seguir jugando con eso o vamos a ir a ayudar a tu padre?

—Voy a ir a ayudar a papá —dice Félix, después de meditarlo un rato—, pero primero debes decirme qué pasa.

—Bien, te lo digo; pero siéntate acá y mira. —Y da palmadas a uno de sus lados, en el empedrado, para

que Félix se siente.

Félix obedece. Se sienta al lado de Oswald y ve que sostiene el relicario haciendo girar despacio, como quien calibra un delicado instrumento, varias piezas circulares que el objeto posee alrededor. Y lo apunta hacia el cielo, hacia el norte, como si fuera un telescopio. El relicario es de metal, redondo, brillante y, en el centro, tiene la figura de un dragón con las alas extendidas. Félix siente algo extraño al verlo. Algo familiar. Como si el relicario fuera un objeto muy querido que perdió hace mucho y ahora recuperaba.

—¡Mira! —dice, emocionado, Oswald—. Ahí, entre las Ursas... ahí, esa forma ondulada...

—Sí... —dice Félix, sin entender.

—¡Es Draco, la constelación del dragón! Tenemos suerte de estar en julio, es cuando mejor se ve... ¿Ves, ahí, su estrella más brillante? Se llama...

—Eltanin —dice Félix, sin darse cuenta, sin saber cómo sabe eso. Y se cubre la boca, sorprendido, como si hubiera dicho alguna grosería. Una corriente cálida le recorre el cuerpo. Ya no tiene frío. Y, de pronto, ya no tiene miedo. Y le dan unas ganas tontas de tener alas y

volar sobre las montañas oscuras.

—En este mundo le llaman también Gamma Draconis —dice Oswald, mirando de reojo la reacción de Félix—. Según sus astrónomos, por el movimiento de precesión terrestre, en unos noventa mil años será la estrella polar... Hace cuatro mil años, durante la época egipcia, aquella que ves allá... fue su estrella polar...

—Thuban —responde Félix. Sacude la cabeza y agrega—. ¿Cómo sé eso?

—Hay conocimientos que se heredan... Déjame nada más hacer bien el cálculo y... ya está. ¡Sí! Es a quince pasos al este. ¡Vamos!

Oswald se pone de pie y camina rápido hacia una casa. Félix se queda un rato sentado. Siente que su cuerpo es una pluma. O una escama. Oswald se detiene y le hace un gesto para que se apure.

—Si no vienes, no te contaré nada.

Félix se levanta y corre tras él.

Juntos llegan a la puerta de la casa. Oswald toca. Una mujer abre con cuidado y saluda a Oswald con mucho respeto; pero en sus ojos hay expectativa y algo

de temor.

—Solicito pase para portal —dice Oswald.

La mujer se aparta y ambos entran. Atraviesan tan rápido la casa que Félix no tiene tiempo de ver a los tres chiquillos que los espían, temblando, detrás de los muebles. Llegan al final de las habitaciones, a una puerta que de seguro da al patio. Oswald la abre y le dice a Félix que pase primero.

Félix no lo duda. Algo en su pecho lo empuja a avanzar. Y avanza.

Se encuentra, de pronto, no en un patio, sino en una colina, ante un camino de piedra que baja en suaves curvas hasta un poblado muy grande, en el que destaca una enorme construcción parecida a un castillo. Está sorprendido de que en el patio de esa casa haya tal cosa. De pronto, se da cuenta: ahí es de día. Un cálido sol alumbra en lo más alto del cielo.

—¿Cómo? ¿Qué es este lugar? —dice volviéndose hacia Oswald, que ya está a su lado. Detrás de ellos hay una gran puerta de hierro que tiene en las hojas dos dragones frente a frente.

—Esto, querido Félix, es Dracónidas, mi hogar. Y el

de tu padre. Vamos, deben estar esperándonos.

Mientras bajan el camino de piedra, Félix se siente extraño. No tiene miedo, ni siquiera curiosidad, sino que lo invade un sentimiento parecido a una alegría incontrolable. Quizá es la suma de todas las emociones del día. Mira su teléfono para ver si tiene algún mensaje de mamá. La pantalla está oscura.

—Eso aquí no funciona, muchacho.

—Pero, Oswald, ¿qué es todo esto? ¿Papá es de aquí? ¿Y cómo es que aquí es de día? ¿Quiénes son ustedes?

—Bueno, bueno. Vamos por partes, es justo que te lo explique. Quizá no pueda decirte todo de una vez, pero te prometo que no te ocultaré nada. Para que nos entendamos mejor, digamos que *Dracónidas* es un mundo ligado al que tú conoces y también a la constelación *Draco*. En esas vueltas de los mundos, hubo un instante en que se estableció un enlace permanente entre *Draco* y este planeta, y el resultado fue este reino. Desde entonces —y eso ocurrió hace un par de milenios—, ambos mundos mantenemos contacto y relaciones cordiales, intercambiamos

cultura, ciencia e incluso gentes de acá pueden iniciar familias con gentes de allá. Y mantenemos un sano equilibrio en el movimiento estelar. Lo único malo es que si cualquiera de ambos mundos pasa demasiado tiempo en el otro comienza a olvidar y es absorbido por el entorno en que se quede; pero si está decidido y quiere quedarse, pues no importa.

—¿Papá decidió entonces eso?

—No. Por tu papá decidió el amo de los dragones.

—¿Quién?

—El amo de los dragones es nuestro gobernante. Él fue quien decidió que tu padre se quedara un tiempo en tu mundo.

—¿Por qué?

—Verás, esto te va a parecer complicado; pero, aunque la mayoría de pobladores de *Dracónidas* son gente muy parecida a la de tu mundo, hay ciertas personas acá que tienen habilidades... digamos... especiales. Y estas personas, cuando pasan a tu mundo, ven sus habilidades demostrarse de distinta forma...

—¿Como mi papá y su habilidad numérica?

—Sí, pero no es exactamente eso. Eso es una

consecuencia de la habilidad...

—La obsesión de mi papá con lo milimétrico, el orden y los números es consecuencia de sus trastornos obsesivo-compulsivos y el nivel de autismo que seguramente tiene.

—¡Has dado en el clavo!

—¿El autismo de papá es una habilidad? ¿Mi discalculia es una habilidad? ¡No bromees, Oswald, las neurodivergencias son desventajas!

—En tu mundo, por alguna razón, las ven así; pero solo son formas diferentes de percibir la realidad... distintas maneras de ser. En verdad, estas *neuronosequé*, como las llamas, son el reflejo de habilidades superiores. Aquí, los que las tienen, son personas poderosas... Arel, en esta tierra, tiene grandes poderes y por eso fue enviado fuera, para protegerlo... Lo hicimos muchas veces, pero siempre luchaba en contra de quedarse en tu mundo... A pesar de que el hermano mayor del amo de los dragones usó sus habilidades para persuadirlo, tu papá luchaba por regresar. Por eso es que me asignaron a mí como su guardián y me tocó reencontrarme con él en varios

lugares y tiempos...

—¿Cómo en el Caribe? ¿O en el estadio, en el Mundial del 82?

—Exacto. Me reencontraba con él, lo ayudaba a recordar para ponerlo al día con lo que pasaba acá, pero él... se descontrolaba un poco.

—¿Se descontrolaba?

—Mira, los poderes de tu padre son tan grandes que era necesario mantenerlo en tu mundo hasta que aprendiera a controlarlos... Al final, de repente, él solo decidió quedarse...

—¿Funcionó la persuasión del hermano del amo de los dragones?

—No. No hubo necesidad de persuadirlo.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Lo venció el amor.

Félix, de pronto, recuerda el brillo en los ojos de papá cada vez que mira a Sara. «El amor es una cosa muy extraña», piensa.

—Pero ¿de qué o de quién querían protegerlo?

—Primero, de sí mismo. Aún no tenía control sobre sus grandes habilidades y había que tenerlo en un lugar

donde se suavizaran... Además, Félix, en todas partes hay gente mala que trata de aprovecharse de otros. Nosotros tenemos algunos. Y creemos que uno de ellos, a pesar de nuestras medidas de seguridad, fue quien se llevó a tu padre.

—¿Tan importante es papá?

—No tienes ni idea. Él es clave para evitar que el reino caiga..., sobre todo porque pronto nuestro soberano nombrará a un nuevo amo de los dragones... Mira, te dije que nos esperaban.

En las afueras del poblado, un gran grupo de personas vestidas a la usanza de las poblaciones rurales está esperando. Están alegres, aunque algunos rostros muestran preocupación.

Un anciano arropado con un manto púrpura sale del grupo y se acerca a ellos.

—Oswald, hemos recibido noticias de que Thuban tiene en sus manos un arma poderosísima para tomar el reino... —dice, con una voz fuerte y profunda.

Luego mira a Félix, sonríe y extiende los brazos.

Félix piensa: «Él debe ser el amo de los dragones».

E intenta una reverencia torpe, pero el anciano no

le da tiempo y, alzándolo con una potencia impensable, lo abraza con fuerza. Félix está confundido. El anciano encara a Oswald:

—¿No le dijiste todo?

—No tuve tiempo, su majestad.

Y, mirando a Félix, le dice sonriendo:

—Muchacho, yo soy el amo de los dragones; padre de Arel y abuelo tuyo.

Toda la comitiva, incluyendo a Oswald, hacen una reverencia.

Félix siente que ha recibido un golpe inesperado y que va a desmayarse, pero alcanza a balbucear:

—¿Abuelo? Yo... no sabía... —busca entre la multitud—. ¿Dónde está papá?

—Hijo —dice el anciano, con el rostro ensombrecido—, tu papá es el arma que usará Thuban contra el reino.

Y ahora tú decides...

¿Qué hace Félix?

A) Pide reunirse con Thuban para negociar la devolución de Arel, su padre

B) Tiene que enfrentar a Thuban y a Arel

C) Pide a Oswald que lo regrese a casa

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Alberto Pocasangre 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 3

El dragón rojo

El salón es enorme y hace un poco de frío. Seguro tiene que ver con las paredes de piedra y con que, cerca, una cordillera nevada se extiende hasta donde alcanza la vista. Félix no está seguro, pero podría jurar que el leve sonido que escucha en el viento es el bramido del mar.

Oswald y buena parte de la comitiva lo llevaron hasta ahí y le dijeron que esperara. De eso hace ya una hora. En una mesa, a un lado del salón, hay una gran variedad de platillos, pero Félix no ha querido probar ninguno, a pesar de que su estómago vacío le recuerda que hace mucho que no come. La cabeza le da vueltas y las preguntas se acumulan tan rápido como tan rápido

pasaron los acontecimientos de este día. En el bolsillo del pantalón lleva la nota, y cuando la relee mentalmente, el mareo y las náuseas vuelven. Se dio cuenta de que el repaso de la nota lo pone mal, le causa una especie de enfermedad.

Piensa en mamá. ¿Cómo estará? La preocupación debe estarla matando.

De vez en vez revisa su teléfono, pero ni siquiera enciende. Se acuerda de que su mochila quedó tirada en el piso de la heladería y que el cargador estaba en ella. Por instinto, recorre las paredes del salón de piedra buscando un tomacorriente. No hay ninguno. Mira al techo y se da cuenta de que el candelabro tiene velas.

—¡Cielos! —dice en voz alta—. En el intercambio interdimensional no negociaron la electricidad... Tan listos no son...

En ese momento, las puertas del salón se abren.

Félix espera ver pasar al amo de los dragones con su séquito. No. Quien entra es una sola persona. Pero su entrada causa en Félix la misma impresión que causaría la entrada de un millar de personas. El muchacho se

siente nervioso de pronto y otro mareo lo sacude; pero es un mareo agradable.

Agradable y terrible.

Quien entra es una chica.

Se ve, más o menos, de la edad de Félix. Y lo que lo impresiona tanto no es la seguridad con que ella avanza ni el aire imponente que la rodea. Ni siquiera presta atención a la espada que cuelga del cinto de la muchacha ni a los brazales de cuero que protegen sus brazos. Tampoco deja su boca abierta el negro cabello suelto que, como una armadura, cubre la espalda de la chica. No. Lo que lo golpea es algo que Félix no define: es todo y nada. Es la dulzura y fiereza que puede leer en el rostro de ella, en su nariz breve y sus ojos almendrados y rasgados. Es la manera en que ella mira con indiferencia el entorno, como quien sabe que, a donde llegue, es la persona más importante que puede estar allí. Félix no entiende qué le pasa. Es algo extraño, oscuro y brillante.

Y siente miedo.

Y, de pronto, sin saber por qué, piensa en Arel y en Sara.

—¿Ya comiste algo? —le dice la chica al llegar frente a él. Félix no responde. Ella vuelve a preguntar, pero Félix se queda de piedra. La chica hace un gesto de fastidio y habla más fuerte—: Pregunté que si ya comiste algo.

Félix reacciona.

—¿Qué? No. Todavía no...

—¡Caray! —dice la muchacha cada vez más alto—. Debes comer. —Y acercándose al oído de Félix, añade gritando—: ¡Pronto las cosas se pondrán difíciles!

—Trataré... pero ¿por qué gritas?

—¿Ah? ¿No estás sordo?

—Claro que no.

—Perdón... pero ¿por qué no contestaste cuando te pregunté las primeras dos veces?

Félix se ruboriza. No tiene respuesta para eso. No sabe qué hacer, entonces se le ocurre extender la mano.

—Ya sé quién eres —le dice ella aceptando la mano—. Es bueno tenerte aquí. Yo soy Altais. Pero, en tu mundo, me gustaría que me llamaras Arianna...

—Entonces... ¿te digo Altais o Arianna?

—Dime como quieras —dice Altais sonriendo.

Félix piensa que Arianna tiene una hermosa sonrisa. Y se percata también de que tiene los ojos de distinto color: uno es azul y el otro es verde. Y ambos presentan unas pequeñas manchas blanquecinas en el iris.

—Félix —dice Altais—, ¿podrías soltarme la mano?

El joven se ruboriza aún más. Suelta la mano de Altais y retrocede un poco. Intenta armar una disculpa que nunca nace, pues Altais le dice, como quien recuerda algo sin importancia:

—Mi padre me pidió que te llevara ante Eltanin, el amo de los dragones. Está esperándote en la sala del trono.

—Llévame, por favor.

Altais guía a Félix por un largo pasillo de piedra, en cuyos lados se abren puertas que conducen a salones idénticos al que acaban de dejar. Se diría que son el mismo salón que se repite de manera infinita. Al percatarse de esto, Félix se pregunta si no estará viviendo una alucinación. A lo mejor, Oswald sí lo secuestró y le administró alguna droga que lo ha hecho

imaginar todo lo que está viviendo. ¿Sería posible? No tiene manera de comprobarlo, solo le queda esperar. Mira de reojo a Altais. ¿Será ella una alucinación?

Altais camina con aplomo. La espada que lleva al cinto se balancea con naturalidad, pareciera ser parte de su cuerpo. Félix se siente incómodo y pregunta, por decir algo:

—¿Por qué llevas espada?

Altais se detiene y lo mira sorprendida. Su expresión parece decir: «¿Acaso tú no usas espada?». Después suaviza la expresión y responde:

—Porque soy una guardiana.

Y continúa caminando.

—¿Una guardiana?

—Sí, igual que mi padre y su padre y el suyo... Soy la generación número treinta de guardianes del amo de los dragones...

—¿Tú proteges al amo de los dragones?

—No, yo protegeré oficialmente algún día a quien sea amo de los dragones.

—Por cierto, Oswald me dijo que pronto se elegirá al nuevo gobernante del reino...

—Sí, lo que te dijo Alwaid es cierto: pronto se elegirá al nuevo amo de los dragones... por eso es urgente rescatar a tu padre.

—¿Alwaid?

—Ese es el nombre con el que yo conozco al que tú conoces como Oswald...

—¡Qué complicado que se usen diferentes nombres en cada mundo!

—Uno termina acostumbrándose...

—¿Y qué tiene que ver mi papá en todo esto?

—Bueno, al ser el hijo mayor del señor Eltanin, es el primer candidato a ocupar el trono...

—¿Mi papá? No me lo imagino como gobernante... Y si él es el hijo mayor, ¿quién es el menor? ¿Oswald?

—No, tú.

—¿Yo? ¡Pero si soy el nieto! Al menos, eso dijo él...

—Entre nosotros, los nietos son también hijos menores... de modo que, si tu papá no gobierna, el candidato próximo eres tú...

—¡Yo ni siquiera entiendo este mundo! Debería gobernar Oswald y dejarnos ir a mi papá y a mí...

—Los guardianes no podemos gobernar... Es la ley...

Alwaid es el guardián de Arel, así como mi abuelo fue guardián del señor Eltanin...

Félix se detiene en seco.

—¿Oswald es tu padre?

—Correcto —dice Altais, tomándolo del brazo y haciéndolo avanzar.

—Entonces... ¿tú eres mi guardiana?

—Lo seré algún día de manera oficial..., pero podría decirse que ya debo protegerte.

Félix se siente incómodo. Y molesto. Un enojo incontrolable comienza a crecer en alguna parte de su cabeza. Siente una corriente cálida que atraviesa su cuerpo y una sensación de fuego en el pecho le quema la garganta.

—¿Y cómo, habiendo tantos guardianes, no pudieron evitar que secuestraran a mi padre?

Altais se detiene frente a una puerta cerrada.

—Porque lo que ocurrió nos tomó a todos por sorpresa. —Empuja la puerta, hace señales a Félix para que entre y agrega—: Sucede que fue el guardián del señor Eltanin quien secuestró a tu padre: su hermano Thuban, mi abuelo.

El salón del trono es más pequeño que los otros salones. Si se trata de una alucinación, es increíble cómo su cerebro está armando toda la utilería de la escena: la sala tiene ventanales altos con arcos de medio punto y largas cortinas de púrpura y de oro los adornan; en el techo, el candelabro está encendido, pero la llama de las velas es irreal. En medio de la sala hay una mesa larga de madera oscura y, a su alrededor, varias personas —entre ellas Oswald— revisan unos mapas desplegados. El amo de los dragones se encuentra sentado en un magnífico trono, cerca de la mesa, y mira los mapas con atención. Cuando Félix y Altais entran, los hombres y mujeres que se encuentran en la sala guardan silencio.

—¡He aquí mi nieto! —dice el señor Eltanin, mientras se apresura a abrazar a Félix—. Quiero que sepas que ya tenemos casi seguro el lugar en que Thuban tiene a Arel... y estamos discutiendo cuál es la mejor manera de atacar...

—¿Atacar? —dice Félix, asustado—. Pero, señor..., abuelo... Usted dijo que papá era un arma que Thuban usaría contra el reino. ¿Va a atacar a mi padre también?

A lo mejor lo usa como arma política, porque ¿qué podría hacer mi padre? Le aseguro que es inofensivo. ¡Hasta para respirar necesita de mi mamá!

El amo de los dragones cambia su expresión.

—No, hijo. No sabes de lo que es capaz tu padre en este mundo... Lo bueno es que estamos seguros de que no está del lado de Thuban, sino que está bajo alguno de los sortilegios de mi hermano... Alwaid, Oswald, te habrá comentado que Thuban es muy hábil persuadiendo a los demás... También hemos recibido noticias de que su aliado, Lican, desarrolló una especie de báculo en el que se concentra la energía de Thuban y la magnifica, volviendo sus habilidades más fuertes...

—Pero ¿cómo lo pudo persuadir? ¿Le ofreció algo? ¿Lo amenazó?

—Es otro tipo de persuasión, hijo. Es más, la nota que Oswald me comentó que encontraste, seguramente tiene un sortilegio para que quien la lea la crea sin dudar. ¿La tienes en tu poder?

Félix saca la nota del bolsillo. Todos, excepto el amo de los dragones, se retiran asustados.

«De veras que le tienen miedo al tal Thuban»,

piensa Félix.

El amo de los dragones toma el papel. Lo hace con seguridad, pero Félix nota que el sudor pobló su frente.

—Bien, bien... Sí... Es un sortilegio numérico. Son series de números que, al leerlos, producen un efecto de engaño y total aceptación... Debe haber obligado a tu padre a escribirlo...

—Pero no es la letra de mi padre... y, con todo respeto, son letras, no series numéricas las que hay ahí.

El amo de los dragones sonríe.

—Verás, hijo, Thuban es un obsesivo con los números. Esto que ves acá no son letras, son series numéricas conformadas de tal manera que quien las lea, las ve como un texto y acepta lo que ahí dice... Como te habrás dado cuenta, ninguno de mis consejeros quiere tocar la nota porque también puede haber otro tipo de código de persuasión que nos ponga a unos contra otros...

—¿Y lo hay?

—Pues sí, lo hay... Sin embargo, ¿verdad que tú no creíste en la nota y al leerla te pusiste mal? No me refiero a tus emociones, sino a tu cuerpo.

Félix recuerda entonces que incluso pensar en la nota le ha provocado mareos y vómitos.

—Sí...

—Esto es porque Thuban hace sus sortilegios con números, así que no tienen efecto en ti, por tu dificultad para manejarlos, entenderlos y aceptarlos...

«¡Cielos, por fin mi discalculia sirve de algo!», piensa Félix. Luego pregunta:

—¿Y usted no tiene miedo de que leer la nota le afecte?

—Sí, pero también tengo mis trucos... Y sé también que esto no es del puño de Thuban... Lo más probable es que persuadiera a tu padre de escribirlo; pero Arel luchó por hacer sus trazos diferentes, para dejarnos un mensaje detrás del mensaje... Para que tú y tu madre supieran que no era una simple huida, sino un secuestro... y que nosotros entiendiéramos que no se estaba aliando con nadie por su propia voluntad... Lo que me extraña es que hay un mensaje oculto detrás del mensaje oculto...

—¿A qué se refiere, señor? —dice Oswald, acercándose.

—Aquí, en esta última serie numérica, los símbolos se revelan como números, no como letras... Mira: 16345 15 8103... Félix, ¿tú los ves como números también? —Félix asiente—. Esto demuestra que Arel lo agregó a la nota como un mensaje extra... y Thuban no tomó en cuenta que se enfrentaba a alguien que conoce también el poder de los números...

—¿Y qué significa? —pregunta Oswald.

—No lo sé... ¿Para ti significa algo, Félix?

—No, señor...

—Interesante... Lo mejor es que conserves tú la nota. A ti no te hace el daño que nos puede causar a los demás... Ahora, debemos preparar el ataque a la montaña.

—Señor —insiste Félix—, ¿no podemos intentar hablar con Thuban y, tal vez, negociar la entrega de mi padre?

—Hijo, cuando conozcas a Thuban sabrás que no se puede negociar con él.

—Pero, una batalla... Piense en su pueblo... Piense en sus consejeros..., en sus soldados... ¿No cree que antes de pelear debemos probar la diplomacia?

El amo de los dragones guarda silencio. Medita. Mira a Félix con curiosidad.

—¿Sabes una cosa? Un día lejano tú ocuparás este trono. Y, si tu padre no lo hace, quizá tu día esté más cerca de lo que pensamos... Vamos a probar lo que dices. Tal vez lo que habla en ti es la fuerza del dragón. Y nunca he sido tan tonto como para despreciar un consejo de alguien que ve el problema desde afuera... Además, por eso estás acá: para despertar a tu padre, para que recuerde los lazos que lo unen a las cosas valiosas para él y, tal vez así, logremos quitárselo a Thuban.

Los consejeros abren la boca, pero no dicen nada.

Y, dando la espalda, el amo de los dragones se acerca al ventanal, lo abre y hace girar entre sus manos el aire y el polvo que se levanta del alféizar: poco a poco, las motas de polvo se transforman en un pequeño dragón que se posa en las manos del señor Eltanin.

—Crece —le dice en un susurro.

Y el pequeño dragón de polvo y aire se transforma en un gigantesco dragón gris que agita sus alas con

fuerza, sube hasta lo más alto, frente al sol, y baja en picada, posándose con suavidad afuera del castillo, desde donde lanza un rugido descomunal que hace temblar las paredes de todo el poblado.

—Ahora, haz uno tú —le dice a Félix.

—¿Yo? Yo no sé, señor... Tal vez Oswald u otro de sus consejeros...

—Invocar y crear dragones es una facultad de nuestro linaje; lo heredamos al hijo mayor... Prueba con esto —y extiende a Félix el relicario que usaba Oswald para observar la constelación.

Cuando Félix lo toma, una corriente poderosa recorre su cuerpo, desde la punta de los dedos hasta la base de su cerebro, pasando con fuerza por su corazón y sus pulmones. Siente que su piel va a abrirse y que de ella saldrán escamas y alas. De nuevo lo invaden las ganas locas de volar por encima de las montañas y de los mares.

—Sentiste ganas de convertirte en un dragón, ¿verdad?

—Sí...

—Es normal... Los amos de dragones de hace cientos

de años podían hacerlo. Yo lo intenté toda mi vida, pero en vano... Hace veinte generaciones que nadie lo ha logrado... Lo que sí podemos es conectarnos con nuestros orígenes en Draco e invocar las energías de los dragones que están allá para poder recrearlos en este mundo... Ya verás que pronto podrás invocarlos también.

Félix se acerca a la ventana, imita los movimientos del señor Eltanin. Una nubecita de polvo y aire se levanta del alféizar. Todos están sorprendidos. Félix, más que nadie. La nubecita gira, se retuerce y se va flotando, como un extraño globo.

—No te preocupes —ríe Eltanin—, un día aprenderás.

Subidos en el dragón gris, Eltanin, Félix, Oswald y Altais vuelan a gran velocidad sobre llanuras extensas y bosques infinitos. Félix no tiene miedo. Siente que ya ha hecho esto. Una cosa en su corazón le dice que él pertenece a ese lugar, a los cielos.

En menos de una hora llegan a las montañas.

Frente a una gran cueva, hay cuatro personas: tres hombres y una mujer. Uno de los hombres es Arel.

El dragón aterriza con delicadeza en el saliente de la montaña, frente a la cueva.

—Llegas tarde, hermano mí-mío —dice un hombre mayor que tiene en sus manos un báculo, en cuyo extremo brilla una piedra.

—No, Thuban —responde Eltanin—. Llegamos a tiempo para detener esta locura tuya que puede causar la muerte de muchos.

—¿Por qué la muerte? —interrumpe la mujer del grupo—. Abdica del poder, entrégalo al nuevo amo de los dragones y nadie resultará herido —y señala a Arel.

—Querida cuñada, sabía Amara, ¿crees que debo entregar el poder a alguien que de lejos se nota que Thuban está controlando? ¿Eso quieren? ¿Un reino títere? ¿Ni siquiera te sientes capaz de reinar por tu cuenta, Thuban?

Félix se adelanta hacia Arel. Altais, de un salto, se interpone entre Félix y el grupo. Félix la mira y luego le dice a Arel:

—¡Papá! Soy yo. Por favor, vamos a casa.

Los ojos de Arel están blancos, fijos. Se balancea como una boya. Mira a Félix sin reconocerlo. Félix se da

cuenta de que su padre tiene en el pecho una cadena de oro de la que cuelga un número seis dorado. Mira a los otros: también tienen números colgados de cadenas. Thuban tiene un nueve, Amara tiene un ocho y el otro sujeto, que no ha quitado en ningún momento la mano de la empuñadura de su espada, tiene un siete.

Félix tiembla. Siente que va a desvanecerse. Altais se da cuenta y lo sostiene. El chico murmura:

—Es el *Trío* de la muerte, Arianna... —después, con todas sus fuerzas, grita—: ¡Papá, por favor, despierta!

Arel deja de mecerse. Posa sus ojos blancos en Félix. Parece que quiere hablar... los labios le tiemblan cuando dice con una voz pastosa:

—La nota... Murciélago...

La piedra en el báculo de Thuban brilla.

—Es la hora —dice Thuban.

Arel se pone de pie. Da un paso y extiende los brazos: entre ellos, una oscura nube de polvo, piedras, hojas y luces se mezcla con velocidad. Retrocede dos pasos con rapidez y agita las manos. Un espantoso dragón rojo se alza y, barriendo con violencia a su alrededor, vuela en dirección al poblado.

Y ahora tú decides...

¿Qué sucede?

A) Eltanin y los demás regresan al pueblo a enfrentar al dragón

B) Eltanin y los demás intentan llevarse a Arel

C) Thuban los atrapa mientras el dragón rojo destruye el reino

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Alberto Pocasangre 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 4

La estrella polar egipcia

—¡Qué hiciste! —grita Eltanin.

Thuban mira hacia el cielo, donde el dragón rojo vuela veloz, convirtiéndose en un punto terrible entre las nubes. Después mira a Amara y a Lican, que en ningún momento ha soltado la empuñadura de su espada.

—De-de-mostrarte de lo que soy capaz, herma-ma-no —dice despacio. Eltanin puede ver que los ojos de Thuban se vuelven amarillos de pronto.

—¡No eres capaz de nada más que de hacer daño! ¡Ya, entiende que todos tenemos un lugar en el universo!

—Mi lugar es el de go-gobernar —dice Thuban—. Para eso nací. Siempre ha-ha sido mi destino... Yo soy el mayor...

—¡Si fuera tu destino, no necesitarías a mi hijo para cumplirlo! Pero ¿sabes por qué lo necesitas? Porque tú solo nunca podrías. Jamás podrás ser el amo de los dragones... No sabes invocarlos. —Y, luego, volviéndose a la mujer del grupo y endulzando su tono—: Amara, siempre te he llamado sabia porque lo eres. ¿Vas a permitir que tu esposo destruya a su pueblo solo por el poder? ¿No te avergüenza que tu propio hijo los vea convertidos en traidores? —y señala a Oswald, quien está inmóvil, pálido y moviendo los labios con frenesí, como quien repite un mantra.

Amara parece confundida de pronto. Abre la boca para responder, pero es Lican quien avanza desenfundando la espada. El número siete que cuelga de su cuello tintinea sobre el peto de su armadura.

—Terminemos de una vez —dice sonriendo y mirando a Félix.

Félix, que aún se sostiene de Altais, siente como ella lo pone con suavidad, pero con rapidez, en el suelo. Y,

con una agilidad y una velocidad increíbles, desenvaina su espada y se desliza sobre el terreno hasta quedar frente a Lican. El sonido del choque de las armas suena como una campana en la saliente y rebota en la cueva. El eco parece eterno.

—¡No! —grita Félix.

Altais retrocede.

—Veo que ya tienes amo —dice Lican, sonriendo burlón y enfundando su espada.

—Los guardianes tenemos protegidos, no amos... y jamás los traicionamos —dice Altais, mientras mira con desprecio a Thuban—. ¿Verdad, abuelito?

Thuban la mira, desconcertado. Es Amara quien responde:

—Ya el vínculo está roto, poderosa Altais.

—¡Todos, al dragón! —grita Eltanin—. ¡Hay que proteger la ciudad!

Altais, tan velozmente como se había enfrentado a Lican, se desliza hacia Félix y lo levanta del suelo con una fuerza inusual para una chica, corre hacia el dragón y, de un salto, ambos suben al lomo del animal.

Félix mira a Arel, que sigue meciéndose como una

boya y mantiene los ojos fijos y blancos hacia el lugar donde aún puede verse al dragón rojo alejarse.

—¡Papáááá! —grita Félix, antes de que el dragón gris alce el vuelo.

Arel dirige los ojos hacia Félix y murmura algo con dificultad. Félix no lo oye; pero, de haberlo oído, no habría entendido las palabras que, arrastrándose, salieron de los labios de Arel:

—La nota... murciélago... primavera...

En unos segundos, el *Trío* de la muerte son solo unos puntos en el suelo.

Félix tiene ganas de llorar, pero no se atreve. Siente que no solo ha sido inútil su presencia, sino que, incluso, ha sido un estorbo. También se da cuenta de que su consejo de negociar fue un fracaso rotundo.

—No te sientas mal, hijo —dice el amo de los dragones—. Te aseguro que algo se removió en la cabeza de tu padre... No te miento. Pensé que, con solo verte, se liberaría del dominio de Thuban... Pensé que tú serías el enlace con su otra vida... Los enlaces son la cosa más poderosa que hay, son lo que nos mantiene vivos y arraigados a un lugar y a un tiempo, pero ese

báculo hace más fuerte el poder de mi hermano... Incluso no pude ver nada en su mente ni en la de los otros, pero lo que leo en la tuya... ¿Sabes? Tu consejo fue el mejor: jamás debemos optar por la guerra cuando la paz sigue siendo una alternativa...

—Pero, por mi culpa, perdimos tiempo y Thuban pudo enviar a ese dragón... Pudimos haber traído desde el principio a todo su ejército...

—En la vida siempre hay que buscar el lado bueno de las cosas. Si hubiéramos traído a todo el ejército, ¿quién estaría en este momento en la ciudad para protegerla?

Félix sabe que eso lo dice Eltanin para que no se sienta mal, pues un gobernante sabio, aun en guerra, jamás habría dejado desprotegido a su pueblo.

Eltanin le sonríe. Félix parece creer que escucha en su mente la voz del abuelo diciendo: «Eres más listo de lo que te imaginas, muchacho. Serás un buen rey».

—¿Y no puede enviar a otros dragones para que luchen contra el que mandó mi papá?

—Si invocara a otro dragón, tendría que dejar ir a Gris —dice Eltanin, mientras acaricia el lomo del

dragón sobre el que vuelan— y caeríamos a tierra. Ningún amo de los dragones puede materializar más de uno a la vez.

Félix aún no se atreve a mirar a Arianna. Se siente avergonzado por no haber hecho nada más que gritar a su papá. ¡Qué imagen tendrá ella sobre él ahora! Sin embargo, puede más su deseo de verla que su vergüenza, así que vuelve el rostro despacio hacia ella; pero Arianna está mirando hacia otro lado. Está mirando con furia a Oswald.

Oswald está concentrado en la lejanía. En un momento, se percata de que su hija lo mira con ojos de fuego.

—¿Qué? —le dice, molesto.

—¿Por qué no hiciste nada? ¡Te quedaste *paradote* viendo como tu protegido era manejado como una marioneta!

—Éramos una comitiva de paz. Tú fuiste quien actuó de forma impulsiva... sin esperar la orden del rey... Además, Lican es diez veces mejor guerrero que tú... Pudo haberte eliminado si hubiera querido...

—Si hubiera podido —dice Altais, dándole la

espalda a Oswald. Luego, mira a Félix y, sonriendo, agrega—: Oye, ¿qué es eso del *Trío* de la muerte?

—Bueno, es que... yo... siempre he tenido dificultades con las operaciones numéricas; y cuando se trata del seis, siete, ocho y nueve me siento más que vencido... Me siento paralizado por completo.

—No, no te pregunto por eso... Ya sé que los números no son lo tuyo, y me di cuenta de que al ver los collares de ese grupo te faltó la fuerza... —Félix agacha el rostro. Arianna lo toma de la barbilla y levanta su cara con suavidad—. Vi que te faltó la fuerza, pero no el valor, pues seguiste tratando de despertar a tu padre... No te sientas mal, Félix. Recuerda que ser valiente es enfrentar las cosas, aunque nos falte la fuerza, aunque tengamos miedo o aunque las cosas nos superen —Félix sonríe—. Lo que te pregunto es por qué le llamas «trío» si son cuatro números... Debería ser el Cuarteto de la muerte.

Félix enmudece. Nunca lo había pensado. Él siempre creyó que eran un trío.

«¡Maldita discalculia!», piensa. Y dice, por decir algo:

—Bueno, es que, si dijera «cuarteto», parecería que hablo de un grupo musical.

Arianna se echa a reír. Se ríe lindo. Félix vuelve a sentir vértigo, pero no tiene nada que ver con ir sobre un dragón alado.

—¡Mire, majestad! —dice Oswald.

Abajo, varios campos de cosechas arden.

—Las cosechas se recuperan —dice el amo de los dragones—. Apresurémonos, las vidas no son recuperables... ¡Vuela más rápido, Gris!

Cuando llegan al pueblo, el dragón rojo está sobre el muro y aprieta con tanta fuerza los enormes bloques que casi los pulveriza. Ruge y lanza fuego hacia arriba y a los lados, pero no ha incendiado aún ninguna construcción. El ejército lo enfrenta con flechas y catapultas. Hay algunos soldados que pueden materializar proyectiles de rocas y se los lanzan con velocidad. Otros treparon el muro y se acercan por la orilla, blandiendo a una velocidad imposible sus espadas, que producen un silbido parecido al del viento en otoño. Pero cuando se acercan, el dragón vuela y se posa en otra parte del muro.

Eltanin ordena a Gris que sobrevuele sobre el dragón rojo. Cuando pasan por arriba, mira a Oswald y dice:

—Ahora, Alwaid.

Oswald salta y cae con fuerza al lado del dragón. Saca su espada y lo ataca. Félix se queda boquiabierto: el «tío» ese, que por dos años se dedicó a vaciar el refrigerador y a contar historias divertidas de manera descarada, a quien Sara detesta como se detesta una plaga difícil de combatir, se ha convertido, de pronto, en un torbellino que hace girar la espada a gran velocidad y asesta golpes en la dura piel del dragón. En un momento, de los golpes brotan relámpagos.

—¡El dragón suelta electricidad! —dice Félix.

—No —responde Arianna con orgullo—. Mi padre hace relampaguear con la velocidad de su ataque.

El dragón rojo lanza un fuerte coletazo hacia Oswald, pero antes de que la cola del animal lo golpee, Altais salta hacia el muro y, más rápida que el dragón, aparta a Oswald del golpe y lo aleja varios metros del embate.

Félix no sale de la sorpresa. Entonces, siente una

mano poderosa que lo toma por el hombro y alcanza a escuchar en su mente a Eltanin: «Es hora de bajar». Y luego escucha el grito:

—¡Es todo tuyo, Gris!

Y cae al vacío.

Mientras se precipitan, su abuelo lo abraza y lo alza, de modo que, al tocar el suelo, todo el impacto es recibido por el rey. Félix se encuentra algo atontado, pero el amo de los dragones le dice, mientras se aprieta las rodillas:

—Ya estoy muy viejo para esto... Vamos, hijo, ayuda a las personas a resguardarse.

Félix asiente y, sin estar muy seguro de lo que debe hacer, corre por las calles para intentar que la gente regrese a sus casas, pues están todos fuera, a pesar de que varios soldados luchan por convencerlos de alejarse del peligro.

«Esto es lo que siempre pasa —se dice Félix—. Cuando un dragón ataca tu ciudad, todos tienen miedo, pero quieren curiosear un poco».

Se detiene frente a la multitud y les pide, les ordena, regresar a sus casas. Entonces se da cuenta: al

escuchar su voz, las personas obedecen de inmediato, no sin antes hacer una reverencia larga y solemne.

—Por favor, no es necesario... No es necesario... Vayan a casa... Nosotros los protegeremos. —Y, al decir esto, siente algo hermoso en su corazón; pero también se siente un inútil, por no poder hacer nada más que arrear muchedumbres.

«Como un pastor y no como un rey», piensa.

Félix vuelve a hacer esto en varias calles. Cuando toda la gente ya ha entrado a casa, un soldado joven se planta frente a él. Félix imagina que algo va a reprocharle, pero este se inclina y le dice:

—¡Gracias, príncipe! Si usted no estuviera aquí, no habríamos podido con ellos... Los draconianos somos un poco tercos, y la gente sabe que su ejército jamás les haría daño ni por su bien..., pero aman y respetan el linaje de sus reyes.

Félix está a punto de contestar cuando escucha un rugido de dolor: sobre el muro, el dragón rojo ha atrapado en sus fauces a Gris, quien a su lado luce muy pequeño. Gris es sacudido con violencia y lanzado contra una torre que, al desmoronarse, levanta una

nube de polvo que oscurece el sol de la tarde.

El dragón herido se levanta con dificultad. Está muy cansado. Entonces, repentinamente, se vuelve una tenue nube de vapor y, de algún lugar de la ciudad, se eleva un dragón de polvo y viento, que se transforma en un grande y fiero dragón amarillo.

Félix entiende que es Eltanin quien lo ha invocado. El dragón amarillo se lanza de golpe contra el rojo, que ha bajado del muro. La embestida es brutal. El dragón rojo cae, rueda sobre el suelo envuelto en sus propias alas y aplasta algunas casas. Después, dando un salto veloz, se lanza con sus garras traseras abiertas sobre el dragón amarillo y atrapa su cuello escamoso. El dragón amarillo no puede soltarse, se retuerce y agita las patas y la cola; trata de escupir fuego, pero no puede. El dragón rojo aprieta.

Félix ve que el señor Eltanin se acerca cojeando al lugar de la batalla. Su rostro luce cansado. No parece tener miedo, pero muestra una tristeza enorme al observar alrededor la destrucción y el caos. Luego, mira al dragón amarillo y susurra algo mientras gruesas lágrimas corren por sus mejillas. El dragón amarillo se

desvanece como un vaho. Eltanin queda de frente al dragón rojo. Ninguno de los dos se mueve. El animal ruga con fuerza haciendo temblar la ciudad entera. Félix quiere ayudar, así que recoge un poco de polvo del suelo, agita sus manos y hace los movimientos circulares que vio ejecutar a Eltanin: una bola de aire y polvo se forma entre sus dedos, trata de concentrarse y de pensar en el mundo lejano de donde vienen los dragones.

«¡Por favor! ¡Por favor!», piensa.

Poco a poco, una figura va tomando forma: una bola de gas que gira, se eleva hacia el cielo y se va. De pronto, se escuchan rugidos: una decena de dragones negros de diversos tamaños sobrevuelan el poblado. Incluso hay algunos guivernos entre ellos. Eltanin, el dragón rojo y todos los habitantes miran hacia arriba, sorprendidos.

—Pero ¿cómo? —dice Félix en voz alta—. ¿Lo logré?

Los dragones se lanzan en picada. Pero no atacan al rojo, que agita las alas y se sube de nuevo a la muralla. Atacan a los soldados. Félix oye a Arianna gritar su nombre a lo lejos, al tiempo que una figura fuerte lo

derriba. Pero no es Arianna ni un dragón, es Eltanin, que se interpone entre Félix y un guiverno del tamaño de un oso que hiere la espalda del rey con sus garras.

—¡Abuelo, perdón! ¡No sé cómo controlarlos!

—No, hijo. No los invocaste tú...

—¿De dónde salen tantos? ¿Cuántas personas pueden invocar dragones?

—Te dije que no sabías de lo que era capaz tu padre en este mundo... —logra decir Eltanin antes de desmayarse.

La manada de dragones deja de atacar y se posa sobre el muro, junto al dragón rojo. Se quedan quietos, como esperando indicaciones. Félix siente que en su cabeza resuena una voz:

—Félix... no qui-quie-ero destruir a mi pueblo. Solo quería mostrarles que-que no pueden enfrentarse a mí... Dile a tu abuelo que abdique a fa-fa-vor de Arel. Tiene hasta mañana al atarde-de-cer.

Los dragones que se encuentran sobre el muro se convierten en pequeños torbellinos de polvo y hojas.

* * *

Por la noche, Oswald, aún ensangrentado y sucio, se acerca a Félix, que está sentado en una banca de piedra, fuera de la habitación donde Eltanin descansa.

—El amo de los dragones quiere verte.

—¿Cómo está? ¿Crees que se recupere?

—Félix... Creo que ha llegado el momento de que nuestro rey regrese a Draco, con sus antepasados...

El muchacho corre a la habitación. Eltanin, recostado sobre varios almohadones, luce agotado y pálido, pero sonríe.

—Hijo, tengo poco tiempo, así que no me interrumpas... —Félix asiente—. Imagino que muchas preguntas rondan tu cabeza, trataré de explicarte de forma sencilla qué sucede en mi reino.

Félix toma entre sus manos la mano de su abuelo. El anciano continúa:

—Desde que éramos niños, Thuban sintió celos de que fuera yo quien pasara la prueba de invocar dragones, a pesar de que era él el hermano mayor. Esto era algo que no había sucedido en siglos, pero es la habilidad la que da el puesto, no la edad. Nuestro padre lo convirtió en mi guardián, pero nunca estuvo

contento. Decía que él era Thuban, la «estrella polar egipcia», y que yo le había robado su destino. Sin embargo, nunca fue muy valiente que digamos y hasta él debía someterse a la ley y a las tradiciones. Y, al convertirse en guardián, pasó a ser parte de las generaciones de guardianes... Ya no se le conoció como hijo del amo de los dragones...

—No entiendo...

—En Dracónidas, quien eres viene dado por lo que puedes, no por la sangre. Por ejemplo, Altais no es hija biológica de Alwaid, pero al ser nombrada guardiana, se volvió hija y de la generación del guardián anterior... Por eso Amara le dijo que el lazo estaba roto, porque Thuban ya no es guardián del rey... Pero no es de estos chismes de familia de lo que quiero hablarte... Tengo ya poco tiempo... Sé que pronto volveré a Draco y quiero pedirte dos cosas...

—Sí, abuelo.

—Tú serás el nuevo amo de los dragones...

—No, abuelo... Ni siquiera he podido materializar uno pequeño... Solo dos esferas de aire...

—Ningún otro habitante de Dracónidas podría

hacer ni siquiera eso... Por eso debes ser tú —dice Eltanin, al tiempo que entrega a Félix el relicario—. Lo otro que quiero pedirte es que detengas a tu padre...

—¿Cómo? Ni siquiera se acuerda de mí...

—Nuestros antepasados te iluminarán... Quiero que vayas con Alwaid y con Altais... No lleven al ejército, eso solo alertará a Thuban... Hablé con Alwaid y estamos de acuerdo en que deben ir ahora mismo... Thuban no esperará ser enfrentado de inmediato.

—Abuelo...

—Es lo único que te pido. Lo último... Voy a invocar a Gris, él los llevará veloz y silenciosamente. Llévate mi espada... Alwaid es un astuto guerrero, sabrá cómo enfrentar a Thuban... Tú encárgate de despertar a tu padre... Usa el relicario... Acércalo a él y concéntrate en nuestro origen.

* * *

A gran velocidad, los tres atraviesan la noche. El ruido del viento le trae a Félix el sonido del mar que adivina allá, detrás de las montañas.

Se posan frente a la cueva. Un silencio tenebroso los rodea.

De pronto, Gris se sacude y emite un sonido parecido a un lamento. Y se convierte en polvo.

Félix mira a Oswald, asustado. Oswald dice, en voz alta:

—El amo de los dragones ha partido.

De la cueva, Lican sale despacio. Lleva en sus manos el báculo de Thuban. Altais saca su espada. Félix intenta desenvainar la que le diera su abuelo, pero es tan pesada que no lo logra. Lican se acerca a Oswald y dice:

—Está hecho. Thuban y Amara acompañan ya al amo de los dragones en su viaje.

Félix mira desconcertado a Oswald. Oswald muestra su sonrisa retorcida. Sus ojos brillan, amarillos.

—¿Sabes, Félix, cómo supe que tu papá había sido secuestrado? —Félix no responde, pero sospecha la respuesta—. Porque fui yo quien ordenó a Thuban traerlo.

—¿Por qué, Oswald? —consigue murmurar Félix.

—Porque no era Thuban, sino yo la verdadera

estrella polar egipcia.

Y ahora tú decides...

¿Qué ocurre a continuación?

A) Altais se une a la traición de Oswald y toman el reino

B) Altais se pone del lado de Félix y enfrentan a los traidores

C) Félix le entrega el reino a Oswald con tal de que le permita marcharse junto con su padre

Ir a lat.fictionexpress.com y votar

Copyright del texto © Alberto Pocasangre 2026. Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026. Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com

Capítulo 5

Murciélago

—Alwaid, ¿dónde están mis abuelos? —dice Altais, levantando con ambas manos la espada. Hay fuego en su voz.

—¿No escuchaste, tonta? —interviene Lican—. Ya acompañan a Eltanin en su viaje a Draco.

Lican lanza al suelo dos collares dorados. Oswald los recoge, se cuelga del cuello el número nueve y le dice a Lican:

—¿Sufrieron?

—No. Fue rápido. Dormían cuando los despedí.

Oswald asiente. Luego, se dirige a Altais:

—Poderosa Altais... La mejor guerrera... Ocupa tu

lugar en el nuevo orden... Que Dracónidas disfrute de una mejor era guiada por los guardianes... —y le extiende el collar con el número ocho.

Altais baja la espada. Sus manos tiemblan. Todo su cuerpo tiembla. Hasta el cabello negro parece estremecerse. Mira a Félix.

Los ojos de Arianna están encendidos. Félix siente terror. Y, peor aún, se siente solo. Aprieta con su mano el relicario que lleva al cuello.

Altais dice furiosa:

—¡Sabes, Alwaid, que los guardianes no podemos ser amos de dragones! Las tradiciones, el honor, el pueblo y el ejército no lo permitirían.

—Lo sé. Por eso, aunque gobernemos, quien tendrá ese puesto frente a todos será él.

Oswald extiende el báculo hacia la cueva, de donde sale Arel, quien, con los ojos blancos y tambaleándose, cae sobre una roca. Está agotado. Un hondo dolor atraviesa el alma de Félix. «Papá es un títere cansado por el esfuerzo de invocar tantos dragones». Sus labios murmuran:

—La nota... murciélago... primavera... tres por tres...

—¿Te nos unes, Altais? —insiste Oswald.

Altais le susurra a Félix:

—Quédate detrás de mí.

Y, levantando la espada, avanza a gran velocidad. Lican la enfrenta. Las espadas chocan. Un fulgor enceguecedor ilumina el saliente. Pequeñas piedras se levantan del suelo, como si temblara, y un potente sonido parecido al de un gong se extiende por el valle. Los árboles vibran. Cada golpe, rápido y fuerte, produce un destello, un haz de luz parecido al camino que forma una brasa en la oscuridad más profunda. Félix no entiende qué sucede. Entonces, Oswald se abalanza hacia él con una espada relampagueante. Calcula que no podrá evitar el golpe ni levantar la espada de su abuelo. Y, aunque pudiera, seguro el impacto de Oswald romperá, no la espada, sino sus brazos. Sabiéndose perdido, saca el relicario y se lo muestra a Oswald.

—¡Tienes el relicario! ¿Por qué?

—El abuelo me nombró amo de los dragones.

—Pero... ese sería Arel, no tú... Tienes que pasarle el cargo... ¡Te mataré ahora mismo para que lo herede!

—¡No! —grita Altais, que lanza a Lican contra las rocas y corre hasta caer sobre Félix, a quien arrastra hasta la pendiente de la montaña. Ambos ruedan. Oswald se asoma al abismo, pero no logra ver nada.

—¡Maldición! ¡Arel, invoca a un guiverno!

A solo unos metros, Arianna y Félix se arrastran bajo unos arbustos tupidos.

—Aquí no nos verán, Félix... Pensemos cómo salir de esto...

—Quizá sea mejor entregarle el poder a Oswald...

—¿No lo entiendes? Alwaid no puede gobernar por sí mismo. Aunque le des el relicario y la gobernatura, tu papá tendrá que quedarse aquí.

Félix siente que la montaña se desmorona sobre su cabeza. Escucha a lo lejos el sonido del mar y un frío hiriente aprieta sus huesos. En las sombras de la madrugada suena un grito destemplado. Es el guiverno.

—¡Si pudiera materializar algún dragón! No solo esas estúpidas esferas de aire que no parecen ni significan nada. ¡Nadie podría interpretarlas como un...! —Félix mira a Arianna con la boca abierta. Su corazón parece estar a punto de reventar—. ¡Eso es!

¿Hay manera de ir a mi mundo y traer a alguien?!

—Sí. Si utilizo el relicario puedo abrir un portal a Entremundos...

—¡Ve por Dani! Interpreta como dragones todo lo que le dibujo... Tal vez pueda...

—¿Al Centro de Desarrollo? ¡Dame el relicario!

—¿Conoces el Centro de Desarrollo?

—¡Claro! Muchas veces acompañé a Alwaid a observarte desde lejos... Tenía que conocerte para aprender a protegerte...

—Eso no me lo esperaba... ¿Entonces sabes que no estoy sordo?

—¡Por supuesto! Solo quería bromear contigo porque te quedaste como bobo cuando te hablé por primera vez... Debiste verte la cara... —Y ríe.

A pesar de la oscuridad, Félix sabe que se ve hermosa riendo.

—Espera... Si aquí es de madrugada, no sé qué hora será en mi mundo ni dónde estará Dani...

—Escúchame, Félix, no sé cuánta información te dio Alwaid, pero el tiempo en Dracónidas corre diferente. Una semana nuestra son un par de minutos

allá...

—¿O sea, que Dani podría estar aún en el Centro de Desarrollo? Pero tardamos mucho en la motocicleta con Oswald...

—Félix, no solo soy más veloz que muchos... también puedo dar saltos cortos cuando atravieso el portal y ahorrarme algunas horas... Aunque lo que ya pasó es imposible cambiarlo, puedo saltar a momentos específicos y recientes... ¿Cómo supones que Alwaid iba y venía tan rápido casi todas las noches a tu mundo? Era porque yo lo acompañaba...

Félix le entrega el relicario. Altais busca a Draco, al sur. La encuentra enseguida y calibra. Félix nota que Arianna llora.

—Arianna... ¿Por qué...?

—La busqué al sur porque algunas cosas en tu mundo están al revés...

—No —dice Félix, a quien ni siquiera le interesa por qué lado sale el sol—. ¿Por qué lloras?

Arianna señala hacia arriba y dice con voz entrecortada:

—Mira, Eltanin y Thuban brillan como nunca...

Después se dirige al muro de piedra y lo toca. Una puerta aparece.

—¡Escóndete bien! Volveré pronto.

Entra por la puerta y, en cuanto la cierra, se evapora.

«¿Esconderme...? No más —piensa Félix—. Necesito saber algo».

Y decide salir de los arbustos.

El guiverno lo ve de inmediato, lo agarra de los hombros y lo lleva hacia arriba, dejándolo caer ante Oswald. Luego se convierte en polvo.

* * *

En Entremundos, Altais abre la puerta de un establo, atraviesa una casa abandonada y sale a la plaza. El sol está por ocultarse. El portero de Entremundos se acerca, con los ojos iluminados.

—¡Señorita Arianna! ¡Qué alegría verla!

Varios niños que juegan en la plaza corren a abrazarla.

—¡Arianna, Arianna!

Altais sonríe y los acaricia. Luego le dice al hombre:

—Necesito tu motocicleta, Oliver.

—Con gusto, amada Arianna.

—Y otro favor muy importante...

* * *

Félix se incorpora. No tiene espada. No tiene relicario. No tiene fuerzas. No tiene a Arianna. Está solo. Pero entiende que ser valiente es afrontar las cosas, aunque muramos de miedo. Y él muere de miedo, pero será valiente.

—Volviste —dice Oswald—. Veo que ya te resig...

—¡Calla, traidor! —interrumpe Félix con una ira nacida de pronto.

Oswald calla, sorprendido; Lican observa, confundido; y Arel deja de musitar inclinando la cabeza.

—No sé en qué acabará esto; pero, antes, ten por lo menos el honor de un guardián y dime cómo te atreviste a hacerle esto a tu familia...

—¿Cómo osas...? —ruge Lican levantando del suelo

un arco y apuntando a Félix.

—Espera —dice Oswald—. Tiene derecho a saber... Félix, no estoy traicionando a nadie... Cumpló un papel mayor...

—¿Ambicionar el trono?

—¡No! —grita Oswald, enfurecido—. ¡Si crees que lo hice por envidia o ambición, estás errado! ¡Ha sido para proteger el reino!

—¿Protegerlo? ¿De quién?

—De ese loco —dice Oswald apuntando con el báculo a Arel, quien, sentado sobre la roca, continúa murmurando: «La nota... murciélago... primavera... tres por tres...»—. Sé que yo debía cuidarlo, pero mi deber mayor es proteger Dracónidas... ¿Por qué crees que fue exiliado por el señor Eltanin?

—Para que aprendiera a controlar su poder...

—No. Para que no dañara a nadie por no saber controlar su poder... En Draco no solo hay nobles dragones. También hay otras criaturas no tan nobles... y Arel empezó a invocarlas desde muy niño... ¿No te has preguntado dónde está tu abuela?

Félix calla. De veras que eso no se le había cruzado

por la mente.

—Se llamaba Merci... —Arel, al escuchar ese nombre, guarda silencio—. Siempre me trató como a un hijo... La amaba; todo el pueblo la amaba... Pero una noche, Arel invocó en sueños a un wylm... Un bichejo sin patas ni alas, pero capaz de escupir fuego... Llegamos tarde para salvar a la reina... Ella estaba embarazada... —Los ojos de Oswald se humedecen—. No fue su culpa... Solo tenía ocho años, pero el rey comprendió que era peligroso para todos y lo exilió... Ordenó a mi padre llevarlo a un orfanato en tu mundo.

»Cuando cumplimos dieciséis años, el amo de los dragones supo que nadie podría ocupar el trono cuando él faltara, así que fui asignado como guardián de tu padre para visitarlo, ayudarlo a recordar y a controlarse... Entendí pronto que Arel jamás podría controlarse por sí mismo, que lo mejor era alejarlo de Dracónidas para que no dañara a nadie...

—Entonces, ¿para qué nos trajiste?

—Porque Eltanin lo perdonó y tuvo fe en que su hijo algún día sería apto para gobernar... Yo jamás lo creí. Hablé con Thuban y decidimos que no dejaríamos

que un peligro nos gobernara... Pero mis padres guardaban viejos rencores; leí en sus mentes la ambición... Querían gobernar por medio de Arel... Yo solo deseaba que él gobernara «supervisado». No podía dejar que mis padres lo controlaran... Por eso manipulé a ambos con una ayuda extra —Oswald levanta el báculo— y, con Arel en mi poder, no necesitaba la competencia de personas tan fuertes como ellos, que requerirían mi atención continua.

—Y los mataste...

—Un día entenderás que el fin justifica cualquier medio para lograrlo... Lo principal siempre es preservar el orden en Dracónidas...

—Con un títere... Pero ¿por qué me trajiste a mí?

—Porque también, aunque no lo sepas, eres un peligro enorme. Y me basta con uno solo. Lo mejor es que Arel gobierne guiado por mí y que tú mueras.

Una puerta enorme de madera se materializa en las rocas y se abre. Altais sale de ella seguida por Daniel y otra persona.

—¡Arianna! —dice Félix—. ¿Qué hace aquí Laura?

—¡Tú me dijiste que trajera a Dani, pero nunca

dijiste si era chica o chico! Llegué y solo estaban estos dos... Les dije que tú me enviaste, pregunté quién era Dani, él no contestó... Solo ella dijo...

—Le dije que quién era, que qué quería conmigo, que de dónde te conocía, que por qué vestía tan raro y que nos fuéramos rápido, si era cierto. Nos explicó varias cosas locas en el camino y aquí estamos. —Laura habla más rápido que de costumbre. Se mueve inquieta, parece que en cualquier momento va a estallar. Está más intranquila que en su mundo. Dracónidas le está afectando.

—Félix —dice Daniel señalando a Arianna—, ¿esta niña con rasgos de trisonomía 21 y heterocromía es tu novia?

Arianna sonríe y dice, poniendo el relicario en las manos de Félix:

—Tranquilo, nunca me ha molestado mi heterocromía.

Oswald, saliendo al fin de la sorpresa, grita:

—¡Altais! ¡¿Traes a otros a la muerte?! ¡Arel, encárgate!

Arel eleva las manos. Nubes de polvo reflejan los

primeros rayos del sol. Varios dragones pequeños se materializan.

—¡Ahora! —grita Altais—. ¡Como te dije!

Laura avanza veloz y gira. Gira como si fuera un pequeño huracán que rodea a Oswald. Oswald no lo esperaba. El báculo cae de sus manos y, cuando Laura se detiene, el báculo está en su poder. Ambos caen al suelo, mareados y confundidos.

Lican entesa el arco y apunta a Félix. Altais se adelanta como un rayo y lo golpea con la espada. Lican rueda por el suelo y suelta su arma, pero se levanta de inmediato, desenvaina su espada y enfrenta a Altais.

Félix avanza hacia ellos, pero Dani lo detiene:

—Dibújame un dragón.

Félix gira las manos: pequeñas motas de polvo y plantas forman una esfera minúscula. La esfera flota hacia Daniel. Dani la acaricia: el rugido de un gran dragón verde con cuernos retumba en la montaña.

—¡Protégenos! —le dice Félix.

El dragón vuela y se enfrenta a los de Arel. En el cielo, un torbellino de fuego, polvo y ruidos oculta por momentos la luz de la alborada.

Mientras Altais lucha contra Lican y Laura vuelve a girar alrededor de Oswald, Félix corre hacia su padre y, mostrándole el relicario, le grita:

—¡Detente, papá!

El relicario brilla con fuerza. Arel no reacciona.

Lican se acerca al precipicio y observa en el valle una mancha que avanza. Sin dejar de luchar, entorna los ojos y palidece.

—¡El ejército!

—¡¿Qué?! —exclama Oswald—. ¡Yo mismo sugestioné a Eltanin para que no lo enviara...! ¡Vámonos!

Algo estalla en el aire. El dragón verde se ha vuelto una bola con los demás dragones y caen. Oswald apenas se levanta y corre dando tumbos hacia la cueva. Lican logra herir a Altais en una mano y huye, pasa detrás de Félix y trata de lastimarlo con la espada, pero Félix se agacha a tiempo. Oswald arrastra a Arel hacia la caverna.

Los dragones se disipan. Félix, con su mente, le indica al dragón verde que puede irse. Este se vuelve un puñado de hojas que se lleva el viento matutino.

—¿El ejército? —pregunta Félix a Arianna.

—Sí, mi amigo Oliver entregó mi mensaje...

—¿Qué hacemos?

—Tú mandas, amo de los dragones.

Félix mira a Dani y a Laura.

—Hacemos un buen equipo —dice Dani—. Ellas serán número uno y dos, yo seré el tres y tú, Félix, el cuatro.

—¡Atrapémoslos! —dice Félix.

Cruzan la cueva lo más rápido que pueden. Altais y Laura bajan su ritmo, pues son más veloces y no quieren separarse. Daniel recoge el arco y el carcaj de Lican. Después de un camino de oscuridad y rocas, salen al pie de una colina, sombreada de pinos y cipreses, que alcanza cierta altura. Félix oye el mar. Se encuentra al otro lado y supone que lo verá al subir la colina. El viento sopla con furia. Oswald, Lican y Arel están en la cima.

—¡Destruýelos! —grita Oswald.

Arel hace varios movimientos y decenas de dragones aparecen. No solo materializa dragones: guivernos, dracos, anfípteros, hidras, lindwurms y otras

bestias que nunca han venido a Dracónidas se abalanzan sobre ellos. Algunos pasan de largo, en dirección al ejército.

Félix y Dani logran corporizar a un hermoso dragón naranja que escupe fuego y hielo a la vez, y lo envían a luchar contra los que los atacan.

—¡Detendré a papá! —dice Félix.

Tropezándose, sube la colina que se corta de golpe en el acantilado. El viento sopla terriblemente. Pinos y cipreses se doblan bajo su fuerza y la del aleteo de los dragones que luchan en el cielo. Detrás, Laura avanza fatigada y trata de acercarse a Félix, que no ve a los que están arriba por el polvo que el viento levanta, aunque sabe que están allí, esperándolo. Una flecha corta el aire. Intuye que es Dani quien ha fallado el tiro. Abajo, al fondo, escucha las olas arremolinar y alzarse hasta la cima. Félix está por llegar. De pronto teme, pero no hay escapatoria: tiene que enfrentarse a su padre... A Oswald, que hasta hace poco fue su amigo... Su dragón ha derribado a los que Arel creó. Otra flecha pasa cerca de él, desviada por el vendaval, sin alcanzar la cima. Dani es terco.

Entonces, los dragones de Arel se juntan y abrazan en el aire, formando una masa de energía y escamas, que se transforma en el dragón rojo más grande y temible jamás visto en Dracónidas. Es tan grande que la colina no puede contenerlo y salta al mar.

Los chicos paran de golpe, asustados. Ni con el ejército lograrán detener a ese dragón.

Han perdido.

—¿Podemos hacer uno tan grande? —pregunta Dani.

—No creo —dice Altais.

—Quizá en ese relicario encontremos la respuesta —continúa Daniel. Todos lo miran, extrañados—. Digo, es un relicario. Los relicarios se abren y la gente guarda cosas dentro...

Félix mira fijamente el relicario y lo hace girar.

«Ábrete», piensa.

Y el relicario se abre.

Dentro hay una inscripción: «*Convertere*».

Una fuerza desconocida lo impulsa y corre colina arriba. En su cabeza brillan estrellas lejanas y la sangre de mil reyes y mil dragones palpita en sus sienes. Pasa

veloz frente a los traidores, levanta los brazos y se lanza al océano.

Al caer observa que, entre las aguas agitadas, el gigantesco dragón rojo abre las fauces dentudas. Félix agita los brazos sin miedo. Sus brazos se tornan alas, gruesas escamas brotan de su espalda. Los ojos amarillos son una rendija. Vuela, ruge con fuerza. El dragón rojo también ruge.

—¡Félix...! —gritan sus amigos.

Pero no los escucha. Está volando sobre un océano infinito, convertido en un majestuoso dragón azul a punto de atacar. El dragón rojo sube rauda. Chocan entre las nubes. Los árboles se tuercen por el impacto y los que están en la colina caen al suelo. El dragón rojo muerde con rabia, pero el azul es fuerte como el acero y logra clavar en la espalda del rojo las púas de su cola. Ambos ruedan colina abajo, arrasando el bosque. El dragón rojo escupe fuego, pero el azul agarra con las patas su cabeza y la gira violentamente hacia donde el fuego no dañe a nadie. Luego lo aplasta contra las rocas, dejándolo inmovilizado.

—¡Basta! —le dice en un idioma milenario que solo

se habla en las estrellas.

El dragón rojo lo mira y se desvanece despacio en forma de gotas de rocío. El dragón azul se incorpora y ruge con poder. Y, de su rugido, escapa una llamarada azul que se eleva al cielo. Después se encoge y Félix se levanta y se dirige hacia Oswald y Lican, que caen de rodillas:

—¡Amo de los dragones! —dicen, llorando.

Félix los ignora. Se dirige a Arel, que con los ojos blancos y tristes sigue repitiendo:

—La nota... murciélago... primavera... tres por tres...

—Félix saca la nota y se la muestra.

Arel calla, lee, sonríe. Sus ojos regresan a su color natural y, antes de caer, dice:

—Gracias por salvarme, hijo.

* * *

Entran a la heladería justo un minuto antes que mamá y un minuto después de dejar a sus amigos en el Centro de Desarrollo.

Cuando Arel ve a Sara se le iluminan los ojos y

corre a abrazarla.

—¿Qué ocurre? ¿Rompieron algo?

—No. Estoy muy feliz de verte. Quiero descansar.

Félix lo mira alejarse. Su papá es otro para él. Se promete cuidarlo mucho. Mucho.

Así como prometió a Arianna regresar de vez en cuando, y como le hizo prometer que ella sería su senescal mientras él se preparaba y aprendía a convertirse en rey.

—¿Qué sucede con papá?

—Nada... Creo que tiene gripe... —responde Félix, y piensa que quizá mamá entienda los mensajes—. Mamá, oí a papá decir «murciélago, primavera, tres por tres», y escribió esto. ¿Sabes qué significa? —y muestra a mamá la secuencia numérica escrita al final de la nota.

Mamá lee, piensa un poco y sonríe. Sus ojos brillan.

—Sí, es una broma que hacíamos cuando éramos recién casados. Era primavera y asegurábamos que compraríamos un vehículo 4×4, pero que entonces solo alcanzaba para un «3×3»... Lo de «murciélago» era un juego tonto para escribirnos mensajes. Das un valor del

uno al cero a cada letra: el uno a la eme, el dos a la u... y así, hasta el cero, al final, que le correspondería la letra o.

—Entonces, aquí dice: «Merci, mi amor». —Félix se estremece—. ¿Sabes quién es Merci?

—Claro. Fue el apodo que me puso cuando nos conocimos.

Félix comprende: el mensaje oculto de papá no era para los demás. Era para él mismo. Para recordar —por sobre todo sortilegio— dónde estaba su corazón y su lazo más poderoso. Para recordar su dolor más grande y su alegría más bella.

Félix sale. Un nudo aprieta su pecho. Piensa en Arianna. Mira al cielo, buscando a Draco.

—El amor es una cosa muy extraña —se dice.

Y sin querer, se le escapan un par de lágrimas.

FIN

Copyright del texto © Alberto Pocasangre 2026

Copyright de esta edición © Fiction Express Education SL 2026

Puede consultar los términos y condiciones de uso de la licencia en lat.fictionexpress.com